

KRESSMANN TAYLOR
PARADERO
DESCONOCIDO



1932. El alemán Martin Schulse y el judío norteamericano Max Eisenstein se quieren como hermanos, y juntos han abierto una galería de arte en California. Pero Martin decide regresar a casa, así que Max se quedará a ocuparse del negocio.

Desde el primer día se escriben cartas, como habían prometido, pero cuando Hitler ascienda al poder en 1933, la tierna complicidad de la primera correspondencia empezará a bascular hacia el horror.

Con admirable economía de medios,

este epistolario retrata el horror ideológico de la Alemania nazi y, al mismo tiempo, la mecánica intemporal que separa a víctimas y verdugos. Aunque se trata de un relato relacionado con el Holocausto, Paradero desconocido es, entre otras cosas, un thriller impredecible.



Kressmann Taylor

Paradero desconocido

ePub r1.0

Dr.Doa & P3ludμ5 11.11.13

Título original: *Address unknown*

Kressmann Taylor, 1938

Traducción: Carmen Aguilar

Editor digital: Dr.Doa & P31μdμ5

ePub base r1.0

más libros en espapdf.com

SCHULSE-EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

12 de noviembre de 1932

Herrn Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Querido Martin:

¡De vuelta en Alemania! ¡Cómo te envidio! Aunque no la he visto desde que era un niño de escuela, escribir *Unter den Linden* todavía me conmueve... La amplitud de horizontes de la libertad intelectual, las discusiones, la música, el desenfado de la camaradería. Y ahora el viejo espíritu aristócrata, la arrogancia prusiana y el militarismo han desaparecido. Llegas a una Alemania democrática, a una tierra profundamente culta, donde la preciosa libertad política está en sus comienzos. Será una vida maravillosa. Tu nueva dirección no puede ser más sugestiva. Me alegro de que la travesía haya sido

tan agradable para Elsa y los pequeños.

En cuanto a mí, no puedo decir que esté tan feliz. La mañana del domingo me encuentra hecho un solterón solitario sin objetivo alguno. Mi hogar de los domingos se ha trasladado a través de los anchos mares. ¡Aquel antiguo caserón en la colina... tu bienvenida diciéndome que el día no llegaba del todo hasta que no estábamos otra vez juntos! Y nuestra querida y jovial Elsa, que salía radiante a recibirme, me cogía de la mano, gritaba «¡Max, Max!» y me empujaba adentro para abrir mi *Schnaps* favorito. Y también la preciosidad de los chiquillos, sobre todo tu guapísimo

pequeñín Heinrich. Será un hombre hecho y derecho antes de que vuelva a ponerle los ojos encima.

Y la comida... ¿Habrá esperanzas de que vuelva a comer como comía? Ahora voy a un restaurante y, por encima de mi desolado *roast beef* veo borbotear el *gebackner Schinken* en su salsa burgundesa, el *Spätzle*, ¡ah, el *Spätzle* y *Spargel*! No, nunca me resignaré a mi dieta norteamericana. Y los vinos, deslizados con tanto cuidado a tierra de los barcos alemanes, y las promesas que nos hacíamos, cuando los vasos rebosaban por cuarta, quinta y sexta vez.

Desde luego hiciste bien en irte.

Nunca llegaste a convertirte en un norteamericano, a pesar de tus éxitos aquí. Y ahora que el negocio está tan bien consolidado, tenías que llevarte a tus fornidos críos alemanes para que se educaran en su país. Elsa ha echado de menos a su familia a lo largo de muchos años y a todos ellos también les gustará verte. El joven artista pobretón se ha convertido en el benefactor de la familia y eso significará para ti motivo de satisfacción.

El negocio sigue marchando bien. La señora Levine ha comprado el Picasso pequeño al precio que le habíamos pedido —me felicito por haberlo

conseguido— y a la vieja señora Fleshman le hace tilín la horrenda Madonna. Nadie se molesta nunca en decirle que alguna de sus piezas sea mala porque todo lo que tiene es malo. Yo no tengo tu refinado tacto para venderle cualquier cosa a las viejas matronas judías. Puedo convencerlas de que están haciendo una excelente inversión pero, ante una obra de arte, sólo tú tenías ese refinado enfoque espiritual que las desarmaba. Además, probablemente, nunca se fían del todo de otro judío.

Ayer recibí carta de Griselle. Parece contentísima. Me dice que está a punto

de conseguir que pueda sentirme orgulloso de mi hermanita. Es la actriz principal de una obra recién estrenada en Viena y las críticas han sido excelentes... Sus descorazonadoras experiencias en compañías de poca monta empiezan a dar fruto. Pobre muchacha, su vida no ha sido nada fácil, pero nunca se ha quejado. Tiene un espíritu refinado, es bonita y espero que, además, tenga talento. Pregunta por ti, Martin, con mucho cariño. No guarda resentimientos porque los resentimientos se olvidan enseguida cuando se es tan joven como ella. En pocos años no quedará más que el recuerdo de la

herida y, desde luego, ninguno de los dos sois culpables de nada. Esas cosas son como tormentas pasajeras. Por un momento te sientes calado hasta los huesos, herido por el rayo, indefenso. Pero luego sale el sol y, aunque nunca olvides del todo, sólo queda la ternura. El dolor ha desaparecido. Debes tomarlo como lo he tomado yo. No le he dicho a Griselle que estás en Europa pero, si te parece bien, tal vez lo haga porque no hace amigos con facilidad y sé que le gustaría sentir que algunos no están lejos.

¡Ya hace catorce años que acabó la guerra! ¿Te has dado cuenta de la fecha?

¡Qué camino más largo hemos recorrido como personas desde aquella derrota! Una vez más, querido Martin, te abrazo con toda el alma y mando mis más cariñosos recuerdos para Elsa y los niños.

Tu siempre fiel,

MAX

SCHLOSS RANTZENBURG,
MÚNICH, ALEMANIA

10 de diciembre de 1932

Señor Max Eisenstein
Schulze-Eisenstein Galleries
San Francisco, California, EEUU

Querido y viejo amigo Max:

Llegaron sin demora el cheque y las

cuentas. Te lo agradezco. No necesitas darme tanto detalle de cómo marcha el negocio. Sabes que siempre he estado de acuerdo con tus métodos y aquí, en Múnich, estoy metido en un torbellino de nuevas actividades. Estamos ya establecidos ¡pero cuánta agitación! Como sabes, hace mucho que tenía en la cabeza cuál era la casa que quería. Y la he conseguido. He hecho un negocio estupendo. Treinta habitaciones y unas cuatro hectáreas de parque. Te costará creerlo. No puedes imaginarte hasta qué extremos llega la pobreza en esta triste tierra mía. Las dependencias de servicio, los establos y las

construcciones adyacentes no pueden ser más amplias y, aunque no lo creas, los salarios de diez personas de servicio nos cuestan lo mismo que lo que pagábamos por las dos que teníamos en la casa de San Francisco.

Las alfombras y muebles despachados por barco desde allí, más otros muebles, alfombras y cortinas, que me he procurado aquí, despiertan admiración y casi diría envidia. Además he comprado cuatro juegos de vajilla de la mejor porcelana y mucha cristalería, aparte de un juego completo de cubiertos de plata, que tiene extasiada a Elsa.

Y ya que hablamos de Elsa, te cuento algo gracioso. Estoy seguro de que te reirás conmigo. Le he comprado una cama inmensa. Es de un tamaño nunca visto, dos veces mayor que una cama de matrimonio corriente. Y tiene cuatro columnas de madera labrada. He tenido que encargarse sábanas a medida porque ninguna de las que encontré hechas le sirven. Elsa no para de reírse y su anciana *Grossmutter* se asoma, sacude la cabeza y gruñe: «*Nein*, Martin, *nein*. Has querido hacerla así y ahora tendrás que ocuparte de que Elsa crezca para ajustarse a ella». «*Ja*», dice Elsa, «cinco niños más y daré la talla exacta».

Tenemos tres ponis para los niños (el pequeño Karl y Wolfgang todavía no tienen edad para montarlos). Y les hemos tomado un preceptor. El alemán que hablan es muy malo, lo mezclan demasiado con el inglés.

La familia de Elsa no lo pasa tan bien. Los hermanos son profesionales muy respetados, pero tienen que vivir juntos en la misma casa. Les parecemos americanos millonarios y, aunque todavía estemos lejos de serlo, nuestras entradas procedentes de Estados Unidos nos colocan aquí entre los ricos. La comida es muy cara y hay mucha inquietud política, incluso ahora con el

presidente Hindenburg, un verdadero liberal a quien admiro mucho.

Los viejos conocidos me están apremiando para que me interese en la administración política de la ciudad. Lo estoy pensando. Convertirme en funcionario gubernamental me beneficiaría en el ámbito local.

En cuanto a ti, mi buen Max, es verdad que te hemos dejado solo pero, no por eso, debes convertirte en un misántropo. Consíguete de una buena vez una esposa bonita, bajita y regordeta, que se afane por cuidarte y te alimente para que no pierdas el buen humor. Ése es mi consejo, un buen

consejo aunque sonría mientras lo escribo.

Me hablas de Griselle. ¡De modo que la deliciosa Griselle está teniendo éxito! Me alegro tanto como tú, pero no puedo dejar de lamentar que una muchacha tenga que abrirse paso sola. Cualquier hombre puede darse cuenta de que estaba hecha para vivir adorada, rodeada de lujos, dándose buena vida, que es lo que permite desarrollar sin trabas la sensibilidad. Un alma valiente y tierna, con un aquél de voluntad férrea y de osadía. Es una mujer que no hace ni da nada a la ligera. ¡Ay, querido Max, como de costumbre me estoy

traicionando! Pero, aunque nunca dijiste una palabra durante nuestra tormentosa relación sabes que, para mí, la decisión no fue fácil. Nunca me reprochaste nada —a mí, tu amigo—, mientras veías sufrir a tu hermana. Siempre sentí que sabías que yo también sufría... más que ella. ¿Qué podía hacer? Estaban Elsa y mis pequeños hijos. No podía tomar más que una decisión. Por Griselle siempre sentiré ternura, incluso cuando haya encontrado a un hombre mucho más joven, sea marido o amante. La vieja herida está curada pero, a veces, la cicatriz produce punzadas de dolor, amigo mío.

Quiero que le des nuestra dirección. Estamos tan cerca de Viena... Le convendrá saber que tiene aquí una casa a su disposición. Elsa no sabe nada de lo que hubo entre nosotros y ya puedes imaginarte que recibiría a tu hermana con el mismo entusiasmo que a ti. Sí, tienes que decirle que estamos aquí y urgirle a ponerse en contacto con nosotros lo antes posible. Felicítala de nuestra parte de todo corazón por sus éxitos.

Elsa te manda cariños y Heinrich le dice «¿Qué tal?» al tío Max. No te olvidamos, Maxel.

Un fuerte abrazo,

SCHULSE-EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

21 de enero de 1933

Herrn Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Mi querido Martin:

Me alegró mucho poder mandarle tu dirección a Griselle. La tendrá enseguida en sus manos, si es que no la ha recibido ya. ¡Qué alegrón le dará encontrarse con todos vosotros! Estaré allí en espíritu con tanto regocijo como si os viera en persona.

Hablas de la pobreza que has encontrado allí. Este invierno aquí la situación ha sido mala pero, desde luego, no hemos conocido las privaciones que tú has visto en Alemania.

Tú y yo personalmente tenemos la suerte de que la galería siga marchando bien. Por supuesto nuestra clientela ha

reducido sus compras pero, aunque compren la mitad de lo que compraban antes, podremos vivir con desahogo, sin despilfarrar pero muy cómodamente. Los óleos que mandaste son excelentes y los precios asombrosos. Los venderé enseguida con una ganancia de miedo. ¡Y por fin he despachado a la espantosa Madonna! Sí, a la vieja señora Fleshman. ¡Cómo balbuceé ante su suspicacia cuando estimaba los méritos de la pieza, mientras yo titubeaba qué precio ponerle! Sospechó que tenía otro interesado y le di una cifra descarada. Se abalanzó sobre la Madonna y sonrió maliciosamente al hacer el cheque.

¡Sólo tú puedes imaginar hasta qué punto estaba yo exultante cuando la vi desaparecer con ese horror auestas!

¡Ay, Martin! ¡A veces me avergüenzo de mí mismo por el placer que me producen esos insignificantes éxitos! Tú en Alemania con tu casa de campo, haciendo alarde de riqueza ante los parientes de Elsa y yo, aquí en América, regodeándome por haberle jugado a una vieja ridícula la mala pasada de hacerle comprar una monstruosidad. ¡Bonito placer para dos hombres de cuarenta años! ¿En eso nos pasamos la vida? ¿Tramando intrigas para hacer dinero y luego pavonearnos en público? Vivo

censurándome, pero sigo igual. ¡Ay!, todos estamos atados a la misma noria. Somos vanos y deshonestos porque es necesario pasar por encima de quienes también son vanos y deshonestos. Si no le vendo a la señora Fleshman nuestro adefesio, alguien le habría vendido otro peor. Las cosas son como son.

Pero siempre hay un refugio donde encontrar algo que sea auténtico. La charla íntima con un amigo ante quien nos despojamos de nuestra estúpida fatuidad, en quien encontramos calor y comprensión, con quien el egoísmo mezquino es impensable. Un refugio donde el vino y los libros le dan a la

vida un significado distinto. Ahí hemos fabricado algo, que la doblez no puede tocar. En ese refugio estamos a nuestras anchas.

¿Quién es ese tal Adolf Hitler, que parece estar haciéndose con el poder en Alemania? No me gustan las cosas que leo de él.

Abraza a toda la joven tribu y a nuestra entusiasta Elsa.

Tu siempre amigo,

MAX

SCHLOSS RANTZENBURG,
MÚNICH, ALEMANIA

25 de marzo de 1933

Señor Max Eisenstein
Schulze-Eisenstein Galleries
San Francisco, California, EEUU

Querido viejo Max:

Como es natural estarás enterado de

los nuevos acontecimientos en Alemania y querrás saber qué pensamos nosotros aquí. Y de verdad te digo, Max, creo que en muchos sentidos Hitler puede ser conveniente para Alemania. Pero no estoy seguro. Ahora está a la cabeza del gobierno y dudo mucho que, ni siquiera Hindenburg pueda quitarle el poder, puesto que se vio forzado a dárselo. El hombre es una suerte de electroshock, como sólo puede serlo un gran orador y un fanático. Pero me pregunto: ¿está del todo cuerdo? Su ejército de camisas pardas está formado por gentes de la peor calaña. Se dedican al pillaje y han empezado a apalear judíos. Son cosas

sin mayor trascendencia. Es la escoria que sale a la superficie cuando un gran movimiento entra en ebullición. Porque te digo, amigo mío, hay un renacer... un verdadero renacer. El pueblo de todo el país se ha sentido sacudido. Lo notas en las calles y en las tiendas. Los alemanes se han despojado de la desesperación como si se despojaran de un abrigo viejo. La gente ya no está cubierta de vergüenza. Vuelve a tener esperanza. Tal vez pueda encontrarse la manera de acabar con la miseria. Algo, no puedo decir qué, va a pasar. ¡Ha aparecido un líder! Tirar la desesperación por la borda nos conduce con frecuencia a

tomar rumbos descabellados.

Como es lógico, en público no expreso duda alguna. Ahora soy funcionario, trabajo para el nuevo régimen y me muestro por cierto exultante. Todos nosotros, los funcionarios que queremos salvar el pellejo nos hemos apresurado a afiliarnos al nacionalsocialismo. Ése es el nombre del partido de *Herr* Hitler.

Pero no se trata sólo de razones de conveniencia, hay algo más, la sensación de que los alemanes hemos encontrado nuestro destino y de que el futuro se nos viene encima como una ola imparable. Y tenemos que tomarle la delantera.

Tenemos que remontarla. Incluso ahora, que se cometen atrocidades. Las tropas de asalto están viviendo su momento de gloria. Las cabezas ensangrentadas y los corazones atribulados lo demuestran. Pero esas cosas pasan. Si el fin perseguido es justo, esas cosas pasan y se olvidan. La Historia escribe una página en blanco.

Lo único que me pregunto, te lo digo a ti y a nadie más: ¿es justo el fin? ¿Estamos intentando crear una sociedad mejor? Porque ¿sabes, Max?, he visto a estas gentes de mi raza desde que llegué, he visto las agonías que han sufrido, los años pasados cada vez con menos pan

para llevarse a la boca, los cuerpos cada vez más escuálidos, el fin de la esperanza. Estaban atrapadas en arenas movedizas, les llegaban al cuello. Y justo antes de morir apareció un hombre que las sacó de ellas. Lo único que ahora saben es que no van a morir. Están viviendo la historia de la liberación, casi lo veneran. Cualquiera hubiera sido el salvador habrían hecho lo mismo. Quiera Dios que a quien siguen con tanto regocijo sea un verdadero líder y no el ángel de la muerte. Sólo a ti, Max, te digo que no lo sé. No lo sé. Y sin embargo mantengo la esperanza.

Basta de política. En cuanto a

nosotros estamos encantados en la nueva casa y recibimos a mucha gente. Esta noche damos una cena para veintiocho personas y el invitado de honor es el alcalde. Tal vez se nos está yendo un poco la mano en los gastos, pero habrá que perdonarnos. Elsa tiene un traje de noche nuevo de terciopelo y está aterrizada por el temor de que no sea bastante grande. Espera otro niño. Es la manera de mantener contenta a una mujer, Max. Tenerla ocupada con los bebés para que no tenga tiempo de ponerse neurótica.

Nuestro Heinrich ha hecho una conquista social. Salió a pasear en su

pony, el caballo lo tiró y ¿quién lo auxilió? Nada menos que el barón Von Freische. Tuvieron una larga conversación sobre Estados Unidos y un día se presentó el barón en casa para tomar un café. Heinrich irá a comer con él la semana que viene. ¡Este muchacho...! Es una pena que su alemán no haya mejorado pero, aun así, seduce a todo el mundo.

Y así vamos, amigo mío. Tal vez nos convirtamos en protagonistas de grandes acontecimientos, tal vez sólo sigamos dedicados a la vida familiar. Pero nunca perderemos la sinceridad de la amistad, de la cual hablas de manera tan

conmovedora. Nuestros corazones van hacia ti a través del ancho mar y, cuando llenamos las copas, brindamos ¡por el tío Max!

Mis más cariñosos recuerdos,

MARTIN

SCHULSE-EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

18 de mayo de 1933

Herrn Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Querido Martin:

Estoy angustiado por las noticias que, gota a gota, publica la prensa sobre la madre patria. Por eso es natural que te pida a ti aclaración de las contradictorias historias que aquí nos llegan. Estoy seguro de que las cosas no son tan fieras como las pintan. Los periódicos americanos coinciden en que ha comenzado un pogromo atroz.

Sé que tu mentalidad liberal y tu buen corazón no tolerarían ninguna atrocidad y que, a través de ti, podré saber la verdad. El hijo de Aaron Silberman acaba de volver de Berlín y he oído decir que se salvó por los pelos. No son precisamente bonitas las

historias que cuenta de gente apaleada, gente forzada a tragar con los dientes apretados un litro de aceite de ricino y a sufrir con las tripas retorcidas horas mortales de lenta agonía. Esas cosas pueden ser verdad y pueden —como tú dices— ser chispas superficiales brutales de cualquier revolución. Ay, para los judíos es historia familiar repetida a lo largo de los siglos. Es casi increíble que haya de soportarse el martirio hoy, en una nación civilizada. Escríbeme, amigo mío, y calma la inquietud de mi alma.

La obra de Griselle bajará del cartel a fines de junio, después de haber tenido

gran éxito. Me cuenta que ya tiene una oferta para actuar en Viena y otra, que le interesa mucho, al final del otoño en Berlín. Habla más de esa última, pero le he escrito diciéndole que espere hasta que se aplaque la ola antisemita. Desde luego usa un apellido no judío (de cualquier modo Eisenstein sería un apellido imposible de usar en las tablas). Pero no es el apellido lo que traicionaría su origen. Sus facciones, sus gestos, la emoción de su voz proclaman su condición de judía, se llame como se llame y, si el antisemitismo tiene fuerza real, lo mejor que puede hacer es no aventurarse a meterse en Alemania en

estos momentos. Perdóname, amigo mío, por escribirte una carta tan sosa y breve, pero no tendré descanso hasta que no me hayas tranquilizado. Sé que me contestarás con absoluta sinceridad. Por favor, hazlo de inmediato.

Con las más ardientes muestras de confianza y amistad para ti y los tuyos, tu siempre leal,

MAX

Deutsch-Mölfische Bank-und Handelsgesellschaft,
München

9 de julio de 1933

Señor Max Eisenstein
Schulse-Eisenstein Galleries
San Francisco, California, EEUU

Querido Max:

Como verás te escribo desde el escritorio de mi banco. Debo hacerlo porque tengo que pedirte algo y quiero evitar la nueva censura, que es muy

estricta. Por el momento debemos interrumpir el intercambio epistolar. No me es posible mantener correspondencia con un judío aunque no tuviera que defender mi puesto de funcionario. Si fuera imprescindible mandarme unas letras, inclúyelas en el cheque y no vuelvas a escribirme a casa.

En cuanto a las severas medidas que tanto te preocupan, debo decirte que a mí mismo tampoco me gustaron al principio, pero me he dado cuenta de que, desgraciadamente, son necesarias. La raza judía es un dedo en la llaga para cualquier nación que le dé cobijo. Nunca he odiado a ningún judío en

particular... Siempre te he considerado un amigo querido y respetado pero, comprenderás que hablo con absoluta sinceridad, si digo que te he querido no por tu raza sino a pesar de ella.

Los judíos son los chivos expiatorios universales. Siempre han resultado sospechosos, no sin motivo y no por la antigua superstición de haber sido «los asesinos de Cristo». El problema judío no es más que un incidente. Está ocurriendo algo mucho más importante.

¡Si pudiera enseñarte, si pudiera hacerte ver el renacer de esta nueva Alemania, bajo la jefatura de nuestro

Amado Líder! No se puede mantener a un gran pueblo subyugado para siempre. Derrotados, hemos agachado la cabeza durante catorce años. Hemos comido el pan amargo de la vergüenza y tragado las empachosas gachas de la miseria. Pero ahora somos hombres libres. Nos levantamos con nuestro poderío y mantenemos la cabeza alta ante las naciones. Purgamos los componentes más abyectos de nuestro torrente sanguíneo. Marchamos a través de nuestros valles, cantando enardecidos con paso firme, en pos de una nueva hazaña... Y desde las montañas llaman las voces de Wotan y Thor, los

ancestrales y poderosos dioses de la raza alemana.

Pero, no. Conforme escribo, conforme me enardece el entusiasmo ante la nueva perspectiva, estoy seguro de que no comprenderás lo necesario que todo esto era para Alemania. Sólo verás que tu pueblo tiene dificultades. No comprenderás que deben sufrir unos pocos para que se salven millones. Antes que nada serás un judío y gemirás por tu pueblo. Lo entiendo. Es propio del carácter semita. Os lamentáis, pero nunca tenéis valor para devolver los golpes. Por eso hay pogromos.

Ay, Max, te dolerá, lo sé, pero tienes

que hacerte cargo de la verdad. Hay movimientos más grandiosos que los hombres que los dirigen. Heinrich es oficial de los escuadrones juveniles, encabezados por el barón Von Freische, cuyo rango ahora da lustre a nuestra casa porque viene con frecuencia a visitar a Heinrich y a Elsa, a quien admira mucho. Yo siempre estoy metido en el trabajo hasta las orejas. Elsa se interesa poco por la política, salvo para adorar a nuestro Bienamado Líder. Este último mes está muy cansada. Tal vez los bebés estén llegando demasiado seguidos. Se sentirá mejor cuando haya nacido éste.

Lamento que nuestra

correspondencia quede interrumpida de esta manera, Max. Quizás algún día podamos encontrarnos otra vez en condiciones de poder entendernos mejor.

Como siempre, tu amigo,

MARTIN SCHULSE

SCHULSE-EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

1 de agosto de 1933

Herrn Martin Schulse
(a la amable atención de J. Lederer)
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Martin, mi querido y viejo amigo:

Te mando estas líneas a mano, gracias a la amabilidad de Jimmy Lederer, que pasará pronto por Múnich durante su viaje de vacaciones en Europa. No he podido recobrar-me de la impresión que me produjo tu última carta. Es tan ajena a tu manera de ser, que sólo puedo atribuir su contenido a tu miedo a la censura. El hombre a quien he querido como a un hermano, cuyo corazón siempre ha irradiado simpatía y amistad, no es posible que participe, ni siquiera pasivamente, en la masacre de gente inocente. Confío y ruego que así sea. No me escribas nada que te exponga a correr ningún peligro... Sólo un

simple «sí». Ese «sí» bastará para que yo sepa que no estás haciendo más que cubrir las apariencias, pero que tu corazón no ha cambiado y que no me engañé cuando creí que siempre serías un hombre liberal y de espíritu puro, para quien las perversidades son perversidades, sin que ninguna razón del mundo pueda justificarlas.

Esa censura, esa persecución de todos los hombres de pensamiento libre, la quema de bibliotecas, la corrupción de las universidades habrían despertado tu rechazo aunque en Alemania no le hubieran puesto un dedo encima a nadie de mi raza. Tú eres un liberal, Martin.

Siempre has tenido amplitud de miras. Ningún movimiento popular cargado de maldad —por fuerte que sea— puede haber acabado con tu cordura.

Puedo entender la razón de los alemanes para aclamar a Hitler. Reaccionan contra injusticias bien reales, que les fueron impuestas después del desastre de la guerra. Pero tú, Martin, has sido casi un norteamericano desde los tiempos de la guerra. Sé que no es mi amigo quien me ha escrito, quedará probado que sólo ha sido la voz de la cautela y la necesidad.

Espero con ansiedad la única palabra que puede llevar la paz a mi

corazón. Escribe tu «sí» en el acto.

Para todos vosotros mi cariño,

MAX

Deutsch=Höllfische Bank=und Handelsgesellschaft,
München

18 de agosto de 1933

Señor Max Eisenstein
Schulse-Eisenstein Galleries
San Francisco, California, EEUU

Querido Max:

Recibí tu carta. La respuesta es «no». Eres un sentimentalista. No sabes que no todos los hombres están hechos a tu medida. Les pones una bonita etiqueta

como «liberal» y esperas que actúen de determinada manera. Pero estás equivocado. ¿De modo que soy un americano liberal? ¡No! Soy un patriota alemán.

Liberal es el hombre que no cree en la necesidad de hacer nada. Tiene mucha labia para hablar de derechos humanos, pero eso es todo. Le gusta hacer alharaca sobre la libertad de expresión ¿y qué es la libertad de expresión? Es sólo la oportunidad para cruzarse de brazos en la retaguardia y decir que está mal todo cuanto hacen los hombres de acción. ¿Qué puede haber más fútil que un liberal? Los conozco bien porque he

sido uno de ellos. El liberal condena a los gobiernos pasivos porque no cambian nada. Pero basta que surja un hombre poderoso, basta que un hombre de acción empiece a cambiar las cosas ¿y dónde está tu liberal? En contra. Para el liberal cualquier cambio es el equivocado.

Dice tener «amplitud de miras» y sólo está muerto de miedo ante el peligro de tener que hacer algo. Le gustan las palabras y los preceptos altisonantes, pero el liberal no le sirve de nada a los hombres que han hecho del mundo lo que es. Ésos son los únicos hombres que cuentan, los

emprendedores. Y aquí, en Alemania, ha surgido un hombre emprendedor. Un hombre vital está cambiando las cosas. El curso de la vida de un pueblo entero cambia en un minuto porque ha llegado el hombre de acción. Y yo me uno a él. No me arrastra la corriente. He dejado atrás esa vida inútil, toda ésa palabrería sin logro alguno. Pongo el hombro al grandioso y nuevo movimiento. Soy un hombre porque actúo. Antes era sólo una voz. No cuestiono los fines de nuestra acción. No hace falta. Sé que son justos porque son vitales. Los hombres no se ven arrastrados a la iniquidad con tanta alegría y afán.

Dices que perseguimos a hombres de pensamiento liberal, que destruimos bibliotecas. Debes despertar de tu desfasado sentimentalismo. ¿Debe el cirujano perdonar al cáncer porque para extirparlo está obligado a cortar? Somos crueles. Claro que somos crueles. Todo alumbramiento es atroz, así es este alumbramiento nuestro. Pero nos regocija. Alemania levanta bien alta la cabeza entre las naciones del mundo. Sigue a su Glorioso Líder hasta el triunfo. ¿Qué puedes saber tú de esto, que no haces más que quedarte sentado y soñar? No has conocido a Hitler. Es una espada en alto. Es una luz blanca, pero

ardiente como el sol del nuevo día.

Debo insistir en que no me escribas más. Ya no tenemos nada en común. Debemos aceptarlo los dos.

MARTIN SCHULSE

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

5 de septiembre de 1933

Herrn Martin Schulse

a/c Deutsch-Völkische Bank-und
Handelsgesellschaft
Múnich, Alemania

Querido Martin:

Te adjunto el cheque y la liquidación mensual. Tengo imperiosa necesidad de mandarte un breve mensaje. Griselle se ha marchado a Berlín. Es demasiado temeraria. Ha esperado el éxito durante tanto tiempo, que no va a renunciar a él y se ríe de mis temores. Estará en el *Köenig Theater*. Eres funcionario del gobierno. En nombre de nuestra antigua amistad te suplico protegerla. Si puedes, ve a Berlín para ver si corre peligro.

Te disgustará ver que me he visto obligado a quitar tu apellido de la firma. Sabes quiénes son nuestros principales clientes y ahora no se acercarían a nada que procediera de una firma con

apellido alemán.

Me es imposible discutir tu nueva actitud. Tienes que comprenderme. No esperaba que cogieras las armas por mi pueblo porque sea mi pueblo sino porque eras un hombre que creía en la justicia. Te encomiendo a mi imprudente Griselle. La criatura no se da cuenta del riesgo que corre. No volveré a escribirte.

Adiós, amigo mío,

MAX

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

5 de noviembre de 1933

Herrn Martin Schulse

a/c Deutsch-Völkische Bank-und
Handelsgesellschaft
Múnich, Alemania

Martin:

Vuelvo a escribirte porque tengo que hacerlo. Me acosa un presentimiento horrible. Le escribí a Griselle tan pronto supe que estaba en Berlín y me contestó unas breves líneas. Los ensayos marchaban admirablemente bien. La obra se estrenaría en poco tiempo. Mi segunda carta era más de aliento que de advertencia y me han devuelto el sobre sin abrir, con un sello que sólo dice «Paradero desconocido» (*Adresse unbekannt*). ¡Qué palabras más ominosas! ¿Cómo es posible? Es sin duda señal de que le ha pasado algo. Quienes pusieron ese sello saben lo que le ha ocurrido. Pero yo no puedo

saberlo. Ha caído en alguna suerte de vacío y será inútil buscarla. Es lo que me dicen en dos palabras: «*Adresse unbekannt*».

Martin, ¿necesito pedirte que la busques, que la socorras? Tú has conocido su gracia, su belleza, su dulzura. Tuviste su amor, un amor que no le ha dado a ningún otro hombre. No intentes escribirme. Ni siquiera necesito pedirte ayuda. Basta con decirte que algo ha ido mal, que tiene que estar en peligro.

La dejo en tus manos, yo no puedo hacer nada.

MAX

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

23 de noviembre de 1933

Herrn Martin Schulse

a/c Deutsch-Völkische Bank-und
Handelsgesellschaft
Múnich, Alemania

Martin:

Desesperado, me dirijo a ti. No puedo esperar a que pase un mes más, de modo que te doy información sobre tus inversiones. Puedes querer hacer algunos cambios y así podré incluir mi ruego en una letra bancaria.

Se trata de Griselle. A lo largo de dos meses su silencio ha sido absoluto y ahora empiezan a llegarme rumores. De una boca judía a otra van llegando cuentos de Alemania, cuentos tan terribles que, si me atreviera, me taparía los oídos, pero no puedo. Tengo que saber qué le ha pasado. Tengo que estar seguro.

Se presentó en la obra de Berlín

durante una semana. Luego desde el público varios espectadores la abuchearon y le gritaron «judía». ¡Es tan cabezota, tan insensata esa espléndida criatura! Les hizo tragar lo dicho, diciéndoles con orgullo que sí, que «era» judía.

Algunos de los presentes se lanzaron tras ella. Griselle corrió entre bastidores. Alguien debe haberle ayudado porque consiguió escapar, mientras la partida de forajidos le pisaba los talones. Durante varios días estuvo refugiada en el desván de una familia judía. Después cambió su aspecto todo lo que pudo y se fue rumbo

al sur, con la esperanza de llegar caminando a Viena. Les dijo a quienes la alojaron que estaría a salvo si pudiera llegar a casa de unos amigos de Múnich. Ésa es mi esperanza, que haya llegado hasta ti. Porque a Viena no llegó nunca. Dime una palabra, Martin, y si no ha llegado a tu casa, haz si puedes una discreta investigación. No tengo reposo. Me torturo día y noche con la imagen de esa pequeña cosita valiente, trastabillando a lo largo de tantos kilómetros a través de un país hostil, mientras el invierno se echa encima. Quiera Dios que puedas mandarme una palabra de alivio.

MAX

Deutsch=Hölfische Bank=und Handelsgesellschaft,
München

8 de diciembre de 1933

¡Heil Hitler! Lamento tener que darte malas noticias. Tu hermana ha muerto. Como tú mismo decías, desgraciadamente era una insensata. No hace todavía una semana llegó a casa, seguida por una patrulla de tropas de asalto. La casa estaba muy ajetreada. Elsa no ha estado bien desde que el mes pasado nació el pequeño Adolf. Estaban

aquí el médico, todos los criados y los niños alborotaban alrededor.

Por suerte abrí la puerta yo. Primero pensé que era una vieja, luego reconocí la cara y, enseguida, que las tropas de asalto aparecían en la verja del parque. ¿Podía esconderla? Era una posibilidad entre miles. Un criado aparecería ante nosotros en cualquier momento. ¿Podía aguantar que registraran mi casa con Elsa en la cama, correr el riesgo de que me arrestaran por dar refugio a una judía y perder todo lo que he conseguido llegar a ser aquí? Como alemán, mi deber no ofrecía duda alguna. Ha exhibido su cuerpo judío en las tablas

ante jóvenes alemanes puros. Debía detenerla y entregársela a las tropas de asalto. Pero no pude hacerlo. «Nos vas a destruir, Griselle», le dije. Me miró, sonrió (siempre fue una muchacha valiente) y tomó su decisión.

«No voy a hacerte daño, Martin», dijo, corrió escalones abajo y se dirigió a los árboles. Pero tenía que estar agotada. No corrió a bastante velocidad y las tropas de asalto le echaron la vista encima. Yo estaba indefenso. Entré en la casa, oyendo sus gritos. A los pocos minutos dejó de gritar y, a la mañana siguiente, mandé el cuerpo al pueblo para que la enterraran. Venir a Alemania

fue una insensatez. Pobrecita Griselle. Comparto tu dolor, pero como ves, no tenía manera de ayudarla.

Ahora debo exigirte que no vuelvas a escribirme. Cada palabra que llega a casa está censurada y estoy seguro de que, muy pronto, empezarán a abrir el correo del banco. Y no volveré a tener ningún trato con judíos, excepto para recibir el dinero. No me ha hecho ningún favor que una judía haya venido a buscar refugio en mi casa. Ninguna futura relación con judíos será tolerada.

Aquí se está construyendo una nueva Alemania. A las órdenes de nuestro Glorioso Líder, pronto demostraremos

grandes hazañas al mundo.

MARTIN

CABLEGRAMA

MÚNICH, 2 DE ENERO DE 1934

MARTIN SCHULSE

**ACEPTADOS SUS
TÉRMINOS AUDITORÍA 12
NOVIEMBRE INDICA
TRECE POR CIENTO**

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

3 de enero de 1934

Herrn Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Nuestro querido Martin:

No olvides el cumpleaños de la

abuela. Cumplirá sesenta y cuatro años el 8. Los contribuyentes norteamericanos donarán mil pinceles para tu Liga de jóvenes Pintores Alemanes. Mandelberg participa en el apoyo a la Liga. Debes mandar 11 reproducciones de Picasso —de 50 X 2,30— para diversificar las existencias de las galerías el 25. No antes. Deben predominar los rojos y azules. En este momento podemos enviarte \$ 8000 por esta transacción. Empieza las nuevas cuentas en el libro 2.

Nuestras plegarias te acompañan a diario, querido hermano,

EISENSTEIN

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

17 de enero de 1934

Herrn Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Querido hermano Martin:

¡Buenas noticias! Nuestras acciones llegaron a 116 hace cinco días. Los Fleishman adelantaron otros \$ 10 000. Así se completará tu cuota para la Liga de jóvenes Pintores por un mes, pero avísanos si aumentan las oportunidades. Las miniaturas suizas están en boga. Debes observar el mercado y prepararte para estar en Zúrich después del 1° de mayo, si aparecen oportunidades inesperadas. El tío Salomón estará encantado de verte y sé que confiarás en su juicio.

El tiempo está despejado y creo que hay poco riesgo de tormentas en los próximos dos meses. Prepara para tus

discípulos las siguientes reproducciones: Van Gogh 40 X 2,60 en rojo; Poussin 50 X 2,30 en azul y amarillo; Vermeer 28 X 84 en rojo y azul.

Nuestras esperanzas te seguirán en tus nuevos esfuerzos,

EISENSTEIN

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

29 de enero de 1934

Querido Martin:

Por error, tu última carta llegó a 457 *Geary St.* Habitación 4. La tía Rheba dice que le diga a Martin que debe escribir cartas más breves y claras para

que sus amigos puedan entender todo lo que dice. Estoy seguro de que todo el mundo estará dispuesto para tu reunión familiar del día 15. Estarás cansado después de estas festividades y quizá quieras llevar a tu familia contigo en tu viaje a Zúrich.

De cualquier modo, antes de partir, procura tener las siguientes reproducciones para las ramas de la Liga de jóvenes Pintores Alemanes, con vistas a la exposición conjunta de mayo o antes: Picasso 43 X 2,06 en rojo; Van Gogh 12,70 X 106,68 en blanco; Rubens 38 X 5,18 en azul y amarillo.

Nuestras plegarias te acompañan,

SCHLOSS RANTZENBURG,
MÚNICH, ALEMANIA

12 de febrero de 1934

Señor Max Eisenstein
Eisenstein Galleries
San Francisco, California, EEUU

Max, mi viejo amigo:

Por Dios, Max ¿sabes lo que estás

haciendo? Voy a tratar de sacar de Alemania esta carta de contrabando con un americano que he conocido aquí. Te hago este llamamiento con una desesperación que no te puedes imaginar. ¡Qué locura de cable! Las cartas que has mandado... Me han llamado para explicar qué significan. No me las entregaron, pero me hicieron pasar para enseñármelas y exigirme que les diera el código. ¿Un código? ¿Y cómo puedes tú, amigo de toda la vida, hacerme esto?

¿Te das cuenta, tienes idea de que me estás destruyendo? Los resultados de tu locura ya son espantosos. Me han

dicho sin rodeos que renuncie a mi cargo. Heinrich ya no está en los escuadrones juveniles. Le han dicho que no sería saludable para él. Dios de los cielos, ¿te das cuenta de lo que eso significa? Y Elsa, a quien no me atrevo a decirle nada, está estupefacta porque los funcionarios rechazan sus invitaciones y el barón Von Freische no la saluda cuando se encuentran en la calle.

Sí, sí, ya sé por qué lo haces... ¿Pero no te das cuenta de que no podía hacer nada? ¿Qué podía haber hecho? No me atreví a intentarlo si quiera. Te lo suplico, no por mí sino por Elsa y los niños... Piensa en lo que sería para

ellos que me llevarán y no supieran si estoy vivo o muerto. ¿Sabes lo que significa que te lleven a un campo de concentración? ¿Me pondrías contra un paredón y apuntarías? Te lo suplico, detente. Detente ya, cuando todavía no todo está destrozado. Temo por mi vida, por mi vida, Max. ¿Eres tú quien hace semejante cosa? No puedes ser tú. Te he querido como a un hermano, mi viejo Maxel. Por Dios, ¿no tienes piedad? Te lo suplico, Max, ¡basta, basta ya! Detente cuando todavía estoy a tiempo de salvarme. Te lo suplico con el corazón colmado por el antiguo afecto.

MARTIN

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

15 de febrero de 1934

Herrn Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Múnich, Alemania

Nuestro querido Martin:

Aquí dieciocho litros de lluvia en 18 días. ¡Menuda temporada! Un cargamento de 1500 pinceles llegará para tus pintores a la rama berlinesa alrededor de este fin de semana. Eso les dará tiempo para practicar antes de la gran exposición. Los patrocinadores norteamericanos ayudarán a conseguir todo el material artístico que sea posible, pero tú tendrás que hacer los arreglos finales. Estamos demasiado lejos para establecer contacto con el mercado europeo y tú estás en mejor situación para estimar hasta dónde llegará el apoyo que semejante exposición puede despertar en

Alemania. Para el 24 de marzo debes tener preparados para distribuir: Rubens 30 X 192,5 en azul; Giotto 2,5 X 8,05 en verde y blanco; Poussin 50 X 2,30 en rojo y blanco.

El joven Blum salió el viernes pasado con las especificaciones de Picasso. Dejará los óleos en Hamburgo y Leipzig, para luego ponerse a tu disposición.

¡Suerte!

EISENSTEIN

EINSESTEIN GALLERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,
EEUU

3 de marzo de 1934

Martin, hermano nuestro:

El primo Julius ha tenido dos niños de cuatro kilos. La familia está feliz. Damos por sentado el éxito de tu próxima exposición artística. El último

embarque de lienzos se retrasó por dificultades del cambio de divisas, pero llegará a tus socios de Berlín con tiempo sobrado. Considera completada la colección de reproducciones. Los entusiastas de Picasso serán tu mejor ayuda, pero no descuides otras posibilidades.

Dejamos librados a tu discreción los planes finales, pero apresura la fecha para que la exposición sea un éxito rotundo.

Que el Dios de Moisés sea tu mano derecha,

EISENSTEIN

EISENSTEIN GALERIES
SAN FRANCISCO, CALIFORNIA, U.S.A.



Mr. Martin Schulse
Schloss Rantzenburg
Munich
GERMANY



Adressat unbekannt = Destinatario
desconocido

NOTA FINAL

Cuando en septiembre de 1938 se publicó por primera vez en la revista *Story*, *Paradero desconocido*, la historia provocó de inmediato enorme interés. El relato está basado en las cartas que se intercambian un judío estadounidense que vive en San Francisco y su antiguo socio, un alemán que ha vuelto a su país. Las cartas denuncian, al principio de la llegada de Hitler al poder, la verdadera índole del nazismo.

A los diez días de su publicación, el número de *Story* se había agotado.

Lectores entusiastas hacían copias mimeografiadas para los amigos. El comentarista de radio Walter Winchell recomendaba su lectura como «el mejor trabajo escrito del mes, algo que no debe usted perderse». *The New York Times Book Review* afirmaba: «Este moderno relato es la perfección misma. La más efectiva denuncia contra el nazismo publicada en literatura de ficción». La revista *Reader's Digest* dejó de lado su antigua norma de publicar solamente no ficción y reimprimió el relato para sus tres millones de lectores.

En 1939 *Simon & Shuster* publicó

Paradero desconocido en forma de libro y vendió cincuenta mil ejemplares, una cifra enorme en aquella época. Hamish Hamilton lo hizo en Inglaterra y el libro empezó a traducirse a otros idiomas. Pero 1939 fue también el año de la *Blitzkrieg*: en pocos meses la mayor parte de Europa estaba dominada por Adolf Hitler. La traducción holandesa de *Paradero desconocido* desapareció y el título no volvió a publicarse en Europa, salvo en la lista de libros prohibidos por el *Reichskommissar*. El relato no se conoció en el continente hasta sesenta años después, a pesar del impacto y del

éxito obtenido en Inglaterra y Estados Unidos.

La autora, mi madre, nació en Portland, Oregon. Su nombre de soltera era Katherine Kressmann. Graduada por la Universidad de Oregon, en 1924 se trasladó a San Francisco y trabajó como publicista. En sus horas libres escribía para algunas revistas literarias. En 1928 los editores de *San Francisco Review* la invitaron a una fiesta donde conoció a Elliott Taylor, dueño de una agencia de publicidad. Se casaron al cabo de dos semanas. Cuando la Gran Depresión acabó con la industria publicitaria, mis padres compraron una pequeña granja en

el sur de Oregon. Allí nos instalamos y allí nació el tercer hijo. Vivíamos literalmente de la tierra.

En 1938 nos trasladamos a Nueva York. Mi padre, Elliott, trabajó como editor y mi madre terminó de escribir *Paradero desconocido*, el relato que mi padre enseñó a Whit Burnett, editor de la revista *Story*. Burnett decidió publicarlo de inmediato. Mi padre y el editor pensaron que la historia era «demasiado dura para aparecer firmada por una mujer» y asignaron a mi madre el seudónimo literario de «Kressmann Taylor», nombre profesional que ella aceptó y conservó el resto de su vida, en

gran parte debido al éxito de *Paradero desconocido*. Así cuenta Katherine las razones que la llevaron a escribir el relato:

«Poco antes de la guerra, unos amigos alemanes —cultos, intelectuales, de buen corazón— regresaron a Alemania después de haber vivido en Estados Unidos. En muy poco tiempo se convirtieron en nazis acérrimos. Se negaban a escuchar la menor crítica contra Adolf Hitler. Durante una visita a California se encontraron en la calle con un íntimo y viejo amigo judío. No le

dirigieron la palabra. Le dieron la espalda cuando intentó abrazarlos. Me pregunté cómo podría ocurrir semejante cosa. ¿Qué les había hecho cambiar de esa manera? ¿Qué los había llevado a ese grado de crueldad?

»Esas preguntas me acosaban, no podía olvidarlas. Empecé a analizar documentos sobre Hitler, a leer sus discursos y los escritos de sus consejeros. Lo que descubrí fue aterrador. Me preocupaba sobre todo que en Estados Unidos nadie parecía tener conciencia de lo que pasaba en Alemania. En 1938 la postura aislacionista en Estados Unidos era muy

fuerte. Los políticos sostenían que los problemas de Europa no eran asunto nuestro y que en Alemania las cosas iban muy bien. Pero algunos estudiantes que volvían de Alemania contaban la verdad sobre las atrocidades nazis. A los compañeros de la fraternidad se les ocurrió la gracia de escribir a los amigos alemanes burlándose de Hitler y la respuesta fue: “Basta. Estamos en peligro. El nazismo no se anda con tonterías. Cartas semejantes podrían desencadenar la muerte de cualquier nazi”».

Concluida la guerra, *Paradero desconocido* cayó en el olvido. Sólo apareció en alguna antología ocasional. Mi madre siguió escribiendo y enseñando el arte de escribir, periodismo y humanidades en un *college* próximo a su casa. Retirada en 1966, se trasladó a Florencia, Italia, donde vivió la gran inundación en noviembre de ese año. En aquella experiencia se basa su tercer libro, *Diary of Florence in Flood*, publicado la primavera siguiente entre aclamaciones de la crítica inglesa y estadounidense.

En 1995, cuando mi madre tenía noventa y un años, *Story Press* reeditó *Paradero desconocido* «para conmemorar el cincuenta aniversario de la liberación de los campos de concentración» y, como escribió el editor de *Story* Lois Rosenthal, «su mensaje significativo y eterno» ha ganado «un lugar permanente en las estanterías» de Estados Unidos. La reedición fue bien acogida y a mi madre le gratificó que esta vez apareciera como un clásico de la literatura estadounidense.

Mi madre Murió al año siguiente, en julio de 1996, a punto de cumplir

noventa y tres años. Hasta el final de sus días mantuvo un espíritu agudo, perceptivo y entusiasta. «Morir», dijo en su última semana de vida, «es natural. Tan natural como nacer». Y estaba dispuesta. Vivió distintas vidas con éxito: la de esposa y madre, profesora respetada y querida, autora de tres libros y más de veinte relatos.

CHARLES DOUGLAS TAYLOR



KRESSMANN TAYLOR es el pseudónimo de la escritora norteamericana Katherine Kressmann nacida en Portland, USA. Fue publicista, graduada por la Universidad de Oregon y escribió en algunas revistas de literatura. Ganó su primer premio

literario a los once años.

Escribió tres libros y más de una docena de historias cortas. Durante diecinueve años fue profesora de literatura creativa y periodismo en el Gettysburg College de Pennsylvania, donde fue la primera mujer en obtener una cátedra.

La publicación de *Paradero desconocido* fue todo un éxito, vendiendo más de 50 000 copias, cifras increíbles para aquellos años. También causó gran revuelo por su prohibición en Alemania por el régimen nazi. En 1944 la novela fue llevada al cine con guión de la propia autora.